



Vosso amigo e irmão em Cristo #Francisco#

Vosso amigo e irmão em Cristo Francisco
Vuestro amigo y hermano en Cristo Francisco



Permítanme
presentarme:

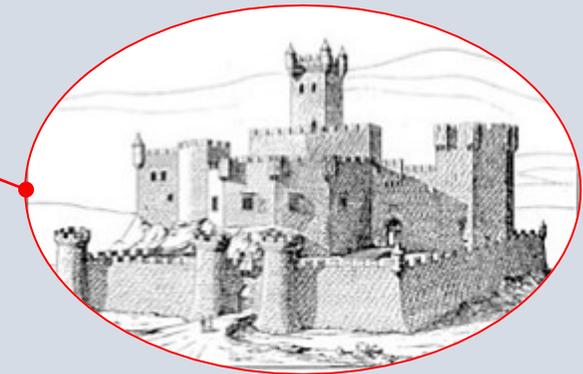


Me llamo Francisco de Jaso y Azpilicueta,
Francisco Javier para los amigos.

Nací en Navarra, cerca del río Aragón, en un
austero valle adyacente a los Pirineos.

En este lugar se encontraba el Castillo de
Javier.

Flanqueado por cuatro altas torres, protegido
por enormes muros y un foso profundo lleno
de agua, atravesado por un puente levadizo.



Mi familia:

Mis padres



Juan de Jaso Atondo e María Azpilcueta Aznávez

Juan de Jaso Atondo y María Azpilcueta Aznávez
Mi padre estudió en la Universidad de Bolonia (Italia), donde se doctoró en Derecho.

De vuelta a Navarra, ocupó importantes cargos en la administración del Reino de Navarra: Cámara de Cuentas, Corte Real y Consejo Real. Fue un fiel colaborador de los últimos reyes de Navarra, y también representante de la nobleza.

En 1483 se casó con mi madre María Azpilcueta Aznávez, heredera de este linaje, que aportó a la familia el castillo y las tierras de Javier.

Mis hermanos



Y por último yo,
el más joven

Magdalena y Ana Miguel y Juan

De su matrimonio nacieron cinco hijos: Magdalena, Ana, Miguel, Juan y yo Francisco. Magdalena fue dama de Isabel la Católica, reina de Castilla. Dos años antes de mi nacimiento, ingresó como religiosa en el Convento de las Clarisas de Gandía (Valencia), del que fue abadesa. Ana, la segunda hermana, abandonó el castillo para casarse con Diego de Ezpeleta, señor de Beire. Uno de sus hijos, Jerónimo, también fue misionero en la India. Mi hermano Miguel, once años mayor que yo, era el futuro señor del castillo y tuvo un papel importante en las revueltas contra la ocupación castellana. Juan, que recibió el apellido de mi madre, Azpilcueta, se dedicó a las armas y, junto con Miguel, se opuso a la dominación castellana sobre Navarra.

Mi infancia y adolescencia:



Como ya he mencionado, soy el menor de mis hermanos, nací el 7 de abril de 1506, en una habitación del ala oeste del castillo de Javier, el llamado Palacio Nuevo.

Me bautizó el abad don Miguel de Azpilcueta, primo de mi madre, en la iglesia parroquial de Santa María, junto al castillo.

Según la costumbre de la época, me crió una nodriza.

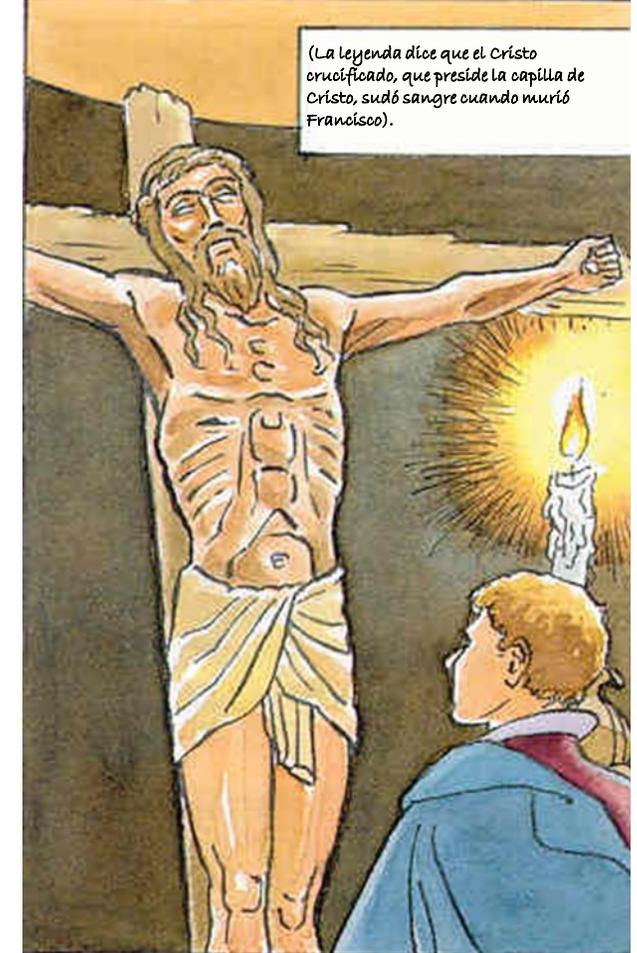
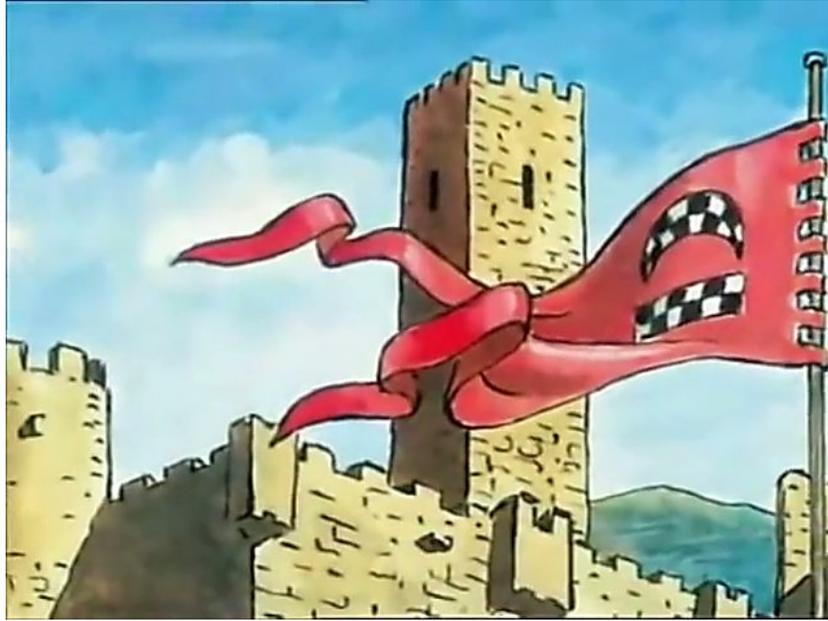
Mi padre se ausentaba con frecuencia. Su cargo en la administración del Reino de Navarra le hizo permanecer en Pamplona y le llevó como embajador a Castilla y Francia. Por lo cual, mi madre era la principal responsable de nuestra educación. El acontecimiento más dramático de mi infancia fue la invasión de Navarra por parte de Fernando el Católico en 1512.

Aunque mi padre colaboró con el nuevo rey, a su muerte Miguel y Juan, partidarios de la legítima dinastía navarra, se levantaron en armas en dos ocasiones (1516, 1521). Tras estas revueltas, el cardenal Cisneros ordenó derribar los castillos de los rebeldes. En mayo de 1516, vi caer las murallas, las torres y las almenas del castillo de Xavier.

En 1524, mis hermanos buscaron el perdón en el indulto ofrecido por Carlos I de España y regresaron al castillo.

Al año siguiente, 1525, a la edad de diecinueve años, decidí seguir los pasos de mi padre y marcharme a estudiar a la Universidad de París.

Diario de los recuerdos...



La vida en el castillo

A principios de septiembre de 1525, salí de Javier hacia Pamplona, donde recibí la tonsura de clérigo de manos del obispo. Como era costumbre hacer con los segundos hijos de las familias nobles, me preparaba para la carrera eclesiástica con el fin de volver para ser canónigo de la catedral de Pamplona. En esta ciudad, encontré un pequeño grupo de estudiantes que se preparaban para partir a estudiar a París.

Entramos en Francia por Fuenterrabía, pasando por Burdeos, Poitiers, Tours y Orleans, llegando a París. Su catedral gótica, Notre Dame, con sus imponentes naves, me dejó fascinado.

París era una ciudad amurallada, en proceso de transformación, con tres barrios: la Ile de la Cité, a orillas del Sena, la parte más antigua de la ciudad, con los edificios de Notre -Dame, Sainte Capalle y el Palais Royal; el Barrio Latino, donde se encontraban la Universidad, los colegios y las lujosas abadías; y la ciudad con sus albergues, tiendas, casas y el mercado central de Les Halles. Durante mi estancia en París, viví en el Barrio Latino, llamado así porque el latín era la lengua oficial de los estudiantes, que veníamos de toda Europa.

Éramos unos 4.000 de 39 países diferentes.

La universidad de París era una de las más prestigiosas de Europa, tanto por la calidad de sus profesores como por su carácter cosmopolita. Los mejores profesores de Salamanca y Alcalá habían estudiado allí.

París era entonces el centro de las tensiones culturales, socioeconómicas y religiosas que sacudían el Occidente cristiano.

La universidad era un conglomerado de más de cincuenta facultades sujetas a una disciplina común, pero autónomas en su funcionamiento; cada una tenía su propia rectoría y sede de la facultad donde se realizaban los exámenes y se entregaban los diplomas.

El Rector General residía en el Colegio de la Sorbona y tenía autoridad sobre los demás colegios.

Había cuatro facultades: Teología, Derecho Canónico, Medicina y Filosofía o Artes.

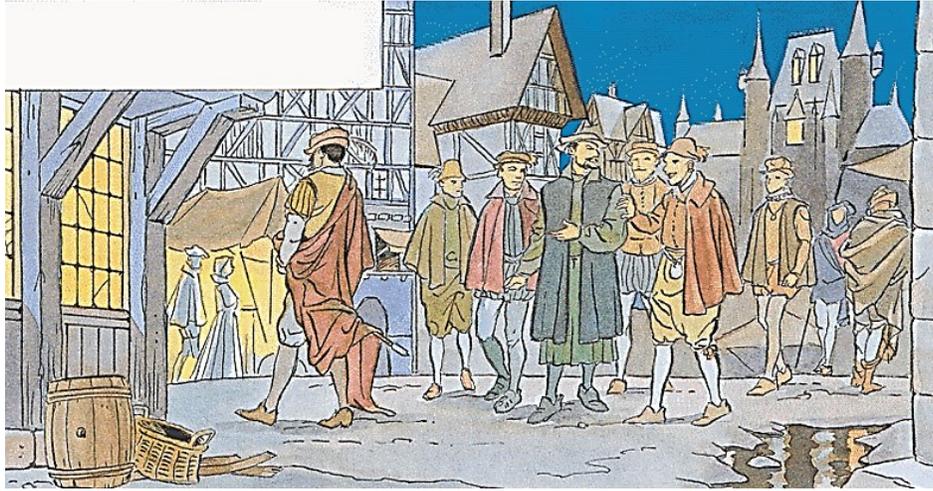
Para entrar en una Facultad, había que hacer un curso de Letras.

Los estudios de teología se impartían en el Colegio de la Sorbona, en el de Navarra (financiado por los reyes franceses) y en los de los dominicos y franciscanos.

De los 4.000 estudiantes, 38 eran del Reino de Navarra.



Después de cinco años de estudios de Humanidades y Artes, en 1530, obtuve el título de Maestro en Artes, que me fue muy útil durante toda mi vida: Maestro Francisco, me llamaban con frecuencia. Luego empecé mi Doctorado en Teología y, a la vez, durante seis años fui profesor de Filosofía en el colegio de Beauvais.



Mi amigo Pedro Faber

Había sido pastor de ovejas en las montañas de los Alpes. Era un joven con un gran nivel espiritual. A los 12 años había hecho voto de castidad. Tuve la inmensa suerte de estar en la misma habitación que él. Me salvó de mi naturaleza impulsiva, porque a veces me escapaba por la noche con otros compañeros en busca de aventuras. Pero confieso que nunca he pecado.

En Santa Bárbara había un estudiante llamado Calvino, que estaba transmitiendo nuevas ideas heréticas a más de uno. En una carta a mi hermano Juan, en la que me refería a Ignacio de Loyola, le escribí que era él quien me había ayudado a dejar las malas compañías, de las que yo, por mi poca experiencia, no conocía la gravedad. Y ahora que estas herejías también han pasado por París, no me gustaría verme influenciado.

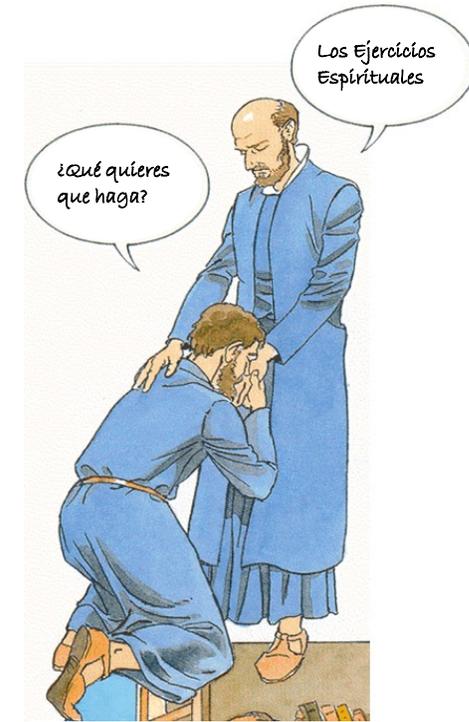
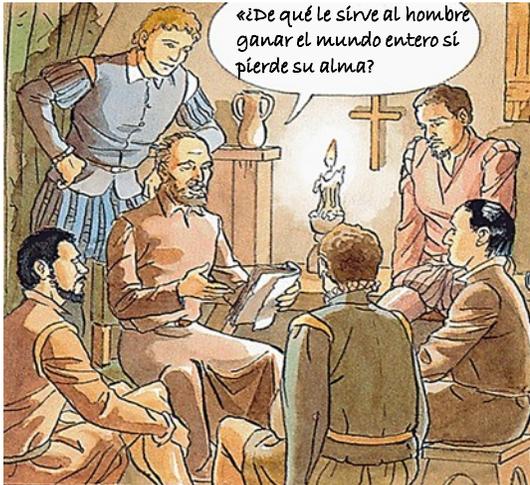
El encuentro con Íñigo (Ignacio) de Loyola

Un día llegó a París un hombre pequeño y algo cojo. Llevaba un burro lleno de libros y papeles. Algo especial irradiaba de él. Poseía una simpatía irresistible. En Manresa había escrito el libro de los "Ejercicios Espirituales", que iba a tener una profunda influencia religiosa en el mundo.

Ignacio se alojaba en un hospital y vivía de las limosnas. Las reuniones que organizaba produjeron grandes protestas, incluso por parte de los profesores. En una ocasión fue azotado casi públicamente. Luego se limitó a la atención espiritual de unos pocos elegidos.

Cuando comenzó sus estudios de filosofía se las arregló para mudarse a nuestra habitación. Al principio lo recibí con hostilidad, recordando que había luchado contra mis hermanos.

Ignacio pronto se ganó a Faber, que le repetía las lecciones que había escuchado en clase. Le entusiasmaba la idea de ir a Jerusalén y consagrarse allí para la salvación de las almas.



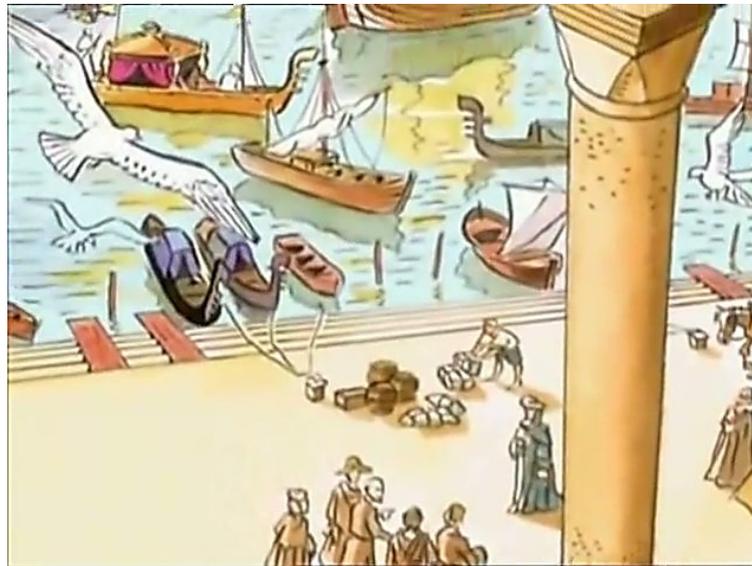
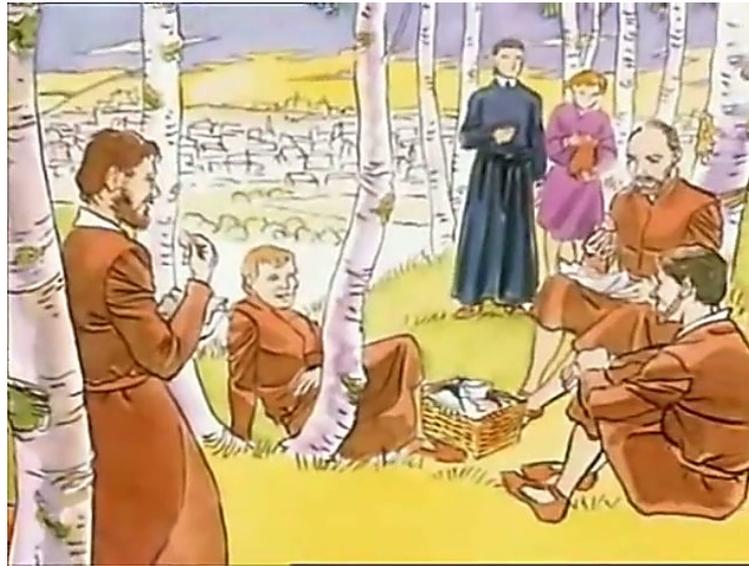
De la limosna que Ignacio compartía conmigo, me daba lo que necesitaba, pues mis hermanos no querían enviarme más dinero. "No hagas eso", le había dicho mi hermana Magdalena a Miguel, "porque siento que Javier será un gran siervo de Dios y una columna de la Iglesia".

Cuando conseguí una cátedra, Ignacio me encontró buenos alumnos. Comprendió que si me ganaba a mí, ganaría a medio mundo para Cristo. Por eso empezó a decirme las palabras del Evangelio: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?». Yo lo escuchaba de mala gana, pero él me repetía la misma frase con insistencia, hasta que un día me rendí:

- «¿Qué quieres que haga?»

- «Los Ejercicios Espirituales».

Los hice durante 40 días, bajo su dirección. En medio de grandes penitencias pasé cuatro días sin comer... Terminé los Ejercicios convertido en un volcán de amor a Cristo. Mi ambición humana se convirtió en la ambición de las almas.



Permanecí en París durante 11 años, y en noviembre de 1536, junto con mis compañeros fuimos a Venecia, donde teníamos que reunirnos con Ignacio para emprender juntos la peregrinación a Tierra Santa. Los barcos hacia Tierra Santa salieron de Venecia en verano. Mientras tanto, fuimos a Roma para pedir la bendición del Papa Pablo III. De vuelta a Venecia, Turquía declaró la guerra a la ciudad, impidiéndonos partir hacia Jerusalén.



En junio de 1537, fui ordenado sacerdote por el obispo de Vicenza. Habiendo perdido la esperanza de partir, el Papa nos convenció de olvidar el viaje y concentrarnos en el apostolado en Italia. Celebré mi primera misa en Vicenza y me comprometí con el apostolado en Bolonia durante el invierno de 1537-1538. En la primavera de 1538 con Ignacio y mis compañeros nos instalamos en Roma con el objetivo de que el Papa aprobara la Compañía de Jesús, yo era el secretario de Ignacio en este proyecto. Nuestra austeridad de vida y formación intelectual nos hizo famosos y apreciados en toda Roma, hasta el punto de que el rey de Portugal Juan III y su embajador pidieron al papa Pablo III que enviara a algunos de nosotros a las misiones portuguesas en la India.

PASAPORTE



NOMBRE: **FRANCISCO**

APELLIDOS: **JAVIER**

NACIONALIDAD: **ESPAÑOLA**

FECHA DE NACIMIENTO: **7 DE ABRIL DE 1506**

LUGAR DE NACIMIENTO: **CASTILLO DE JAVIER**

PROFESIÓN: **MISIONERO POR SIEMPRE**

FIRMA DEL TITULAR:

A handwritten signature in black ink that reads "Francisco". The signature is written in a cursive style and is flanked by two sets of three vertical hash marks (#) on either side.

FECHA DE EXPEDICIÓN: **7 DE ABRIL DE 1541**

FECHA DE CADUCIDAD: **SIN LÍMITES**

Por fin comenzó el viaje...



El embajador, por orden de Juan III, pidió al Papa que le asignara algunos de los "maestros de París" para enviarlos a las Indias. Ignacio decidió que fueran Simón Rodríguez y Nicolás Bobadilla, ya que eran portugueses. Pero Nicolás cayó enfermo y yo ocupé su lugar. Salí de Roma el 15 de marzo de 1540, pero permanecí en Lisboa durante un año, retenido por el rey.



La salida de los barcos con destino a las Indias Orientales fue todo un acontecimiento. Debido a las dificultades del viaje largo e incierto, hicimos testamento y confesión antes de partir.

Cinco galeones de la flota real zarparon de Lisboa: Espíritu Santo, Santa Fe, San Pedro, Flor de la Mar y el buque insignia Santiago, en el que viajaba yo, para recorrer los 26.000 km que separaban Lisboa de la ciudad de Goa, en la India. Era el 7 de abril de 1541, mi 35 cumpleaños.



A causa del viaje sufrí mareos durante dos meses. En el Golfo de Guinea nos alcanzó una calma interminable que nos tuvo al ancla durante varias semanas. Con el intenso calor del verano, la comida se había echado a perder, así como el agua. El escorbuto se extendió entre la tripulación, y luego la peste. Estuvimos así durante 40 días. Después, el viento acabó por hinchar las velas y empujar los barcos hacia la costa de Brasil, ruta obligada para las naves de la flota real portuguesa que se dirigían hacia Oriente.



A finales de agosto llegamos a Mozambique, donde permanecimos seis meses a causa de los monzones.

La tripulación y los pasajeros estábamos en condiciones físicas lamentables. Yo también llegué enfermo y agotado. A pesar de ello, empecé a cuidar a los enfermos.

En febrero de 1542 zarpamos hacia la India y el 6 de mayo de 1542, trece meses después de dejar Lisboa, ví por primera vez la costa de Goa. Fin del viaje.

Primer viaje: India (1541)





Durante cinco meses, Goa fue el primer lugar de mi predicación. Cuidé a los enfermos del Hospital Real, donde residía, incluso siendo Nuncio del Papa.

Me ocupé de los encarcelados y de los leprosos, me dediqué a la predicación y al catecismo. También organicé el Colegio de Santa Fe.

Desde Goa el gobernador me envió a Tuticorín, a 800 kilómetros de distancia.

Tuticorín se encuentra en el extremo meridional de la India, frente a la isla de Ceilán, la actual Sri Lanka. Es una larga franja de arena entre el mar y la barrera de altas montañas. Sus habitantes, los Paraví, vivían en una treintena de pueblos, eran pescadores de perlas y hablaban la lengua Tamil.



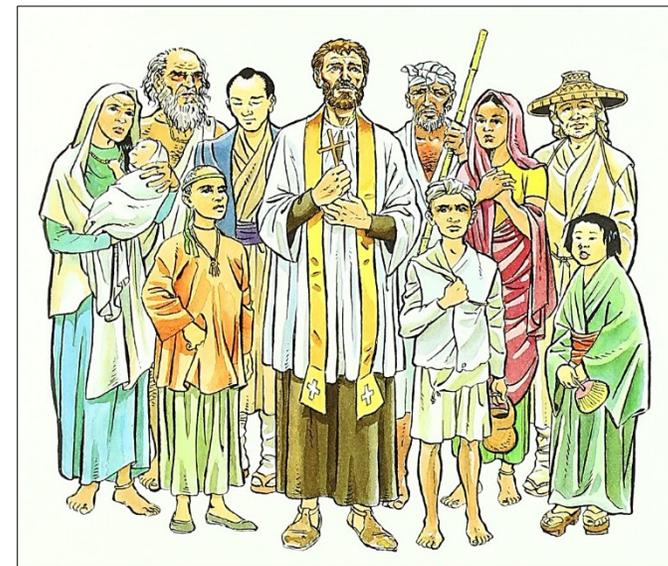
Llegué a Tuticorín donde tuve numerosos problemas para comprender la lengua, pero después de cuatro meses allí, preparé las enseñanzas y el catecismo y comencé a evangelizar de pueblo en pueblo.

Los Paraví respondieron ampliamente a la predicación (1542-1543). Era tal la multitud de convertidos a la fe de Cristo, en esta tierra por la que caminé, que muchas veces sucedió que mis brazos estaban cansados de tanto bautizar.

Para entonces ya entendía que mi tiempo en la India había llegado a su fin. En septiembre, cuando llegaron los vientos favorables, zarpé hacia Malaca. Como regalo de despedida, la comunidad cristiana me obsequió con una reliquia de Santo Tomás que siempre llevé conmigo.

Segundo viaje: Indonesia (1545)





A principios de septiembre de 1545 salí de la India hacia Malaca, donde llegué a finales del mismo mes después de recorrer 2.700 km.

En Malaca, como en Goa, me dediqué a predicar en las aldeas y a traducir las oraciones cristianas a la lengua local, en este caso el malayo.

El 1 de enero de 1546 salí de Malaca hacia las Molucas.

Bordeando las grandes islas de Sumatra y Java y unas 4.000 islas indonesias, llegué finalmente a las Molucas. El viaje duró más de siete meses.

Finalmente, la expedición desembarcó en la ciudad de Hatiwi, que se encuentra en la isla de Ambon, la principal del archipiélago, donde fuimos recibidos con alegría por los nativos y los portugueses del lugar.

Las Molucas fueron el lugar principal de mi trabajo.



Durante 16 meses visité las islas de este archipiélago y confirmé la fe de los cristianos locales.

En un viaje a la isla de Ceram, tierra de cazadores de cabezas humanas, perdí mi crucifijo durante un oleaje. Nada más desembarcar en la playa, un cangrejo salió del mar y me lo devolvió.

Prediqué en los "siete lugares cristianos" de Ambon, es decir, los siete pueblos donde había cristianos.

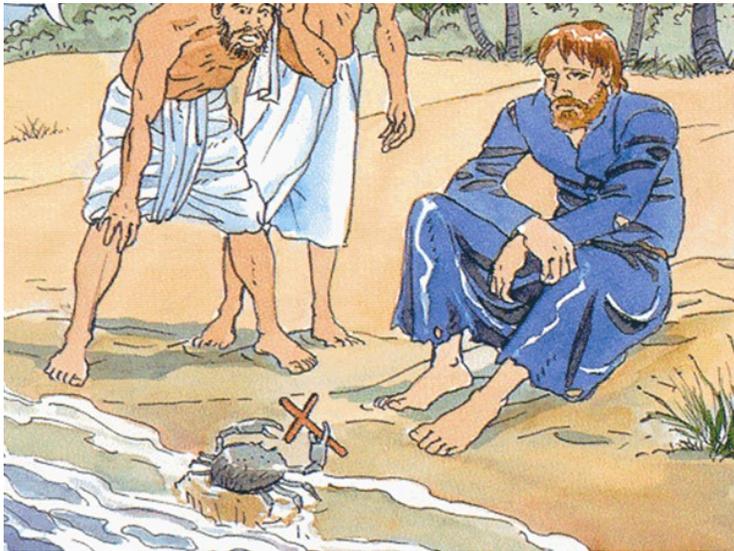
Desde allí, recorrí el archipiélago de isla en isla acompañado por el joven Manuel, hijo del jefe del pueblo Hatiwi, que me hacía de intérprete.

En barco de remos y a vela, tras una breve parada en la isla de Buru, llegué a Ternate, el último puesto de los portugueses en el Extremo Oriente, a unos 500 km de Ambon. Era julio de 1546.

Después de dos meses reanudé el viaje a las islas Moro, ahora llamadas Morotai. Hacía más de doce años que ningún sacerdote se atrevía a llegar a sus costas. Mis predecesores habían muerto a manos de los isleños. Muchos de mis amigos y devotos intentaron convencerme de no ir a una tierra tan peligrosa...

Heme aquí ahora desembarcado en Morotai y predicando el Evangelio entre los temibles nativos. No sabían leer ni escribir, desconocían dinero, oro, plata, pesos, medidas, mercados y tejidos. La vestimenta de hombres y mujeres era el tjidako, un delantal corto hecho de membrana de árbol.





Durante un viaje a la isla de Ceram, tierra de cazadores de cabezas, perdí mi crucifijo en una marejada. Tan pronto como desembarqué en la playa, un cangrejo salió del mar y me lo devolvió.



Tercer viaje: Japón (1549)



Desde Ternate, volví a Ambon para dirigirme a Malaca y desde allí a Goa en India. Llegué a Malaca a principios de julio de 1547.

Una nave portuguesa, arrastrada por un tifón, había descubierto por casualidad Japón, el famoso "Cipango", que también había visto Marco Polo. Esos navegantes salvaron la vida de un japonés llamado Yahiro, perseguido por la justicia de su país. Este personaje tenía una inteligencia muy aguda y un gusto apasionado por la novedad. Había oído hablar de mí y quería encontrarme. Fue este encuentro y la amistad que surgió lo que despertó en mí el deseo de viajar a Japón; era 1547.

Volví a Goa para consolidar todo lo que había hecho hasta ese momento y después iniciar el viaje a Japón. Salí de Goa el 15 de abril de 1549. Me acompañaban dos jesuitas españoles, el padre Cosme de Torres y el hermano Juan Fernández, así como Yahiro y dos sirvientes.

Circunnavegando las costas de Indonesia y de China, entre tormentas y tifones, era la época de los monzones, y huyendo de los piratas, llegué finalmente a Kagoshima.



Japón era una civilización de raíces muy antiguas, situada en un inmenso archipiélago y protegida del contacto con el mundo exterior por el mar. A mediados del siglo XVI, mantenía pocas relaciones con otros países, excepto con China. Era una cultura refinada y practicaba las religiones sintoísta y budista, tenía grandes monasterios donde los bonzos ejercían de maestros religiosos e intelectuales.

El 15 de agosto de 1549, con mis compañeros llegamos a Kagoshima, el puerto más meridional de Japón, situado en la isla de Kyoshu, una de las cuatro grandes islas que componen el archipiélago. Era la ciudad de Yahiro, nuestro intérprete. Tras obtener el permiso del daimyo de Satsuma, llamado Shimadzu, nos quedamos en la región de Kagoshima durante un año.

Aquí me enfrenté a una situación muy diferente; los japoneses eran un pueblo intelectual y moralmente superior a los que había conocido hasta ahora. Eran más proclives a la razón de lo que nunca había visto en personas infieles; estaban ansiosos por saber y no dejaban de preguntar y hablar de las cosas a las que intentábamos dar respuesta. Comencé predicando en las calles, pero luego preferí el contacto personal, en las casas, a través de conversaciones y disputas, en las que poco a poco llegué a apreciar su profundidad de alma. Después de un año en Kagoshima, convertí a 150 personas, empezando por la familia de Yahiro, y otras quince en el cercano castillo de Ichiku, perteneciente a la familia del señor del feudo.

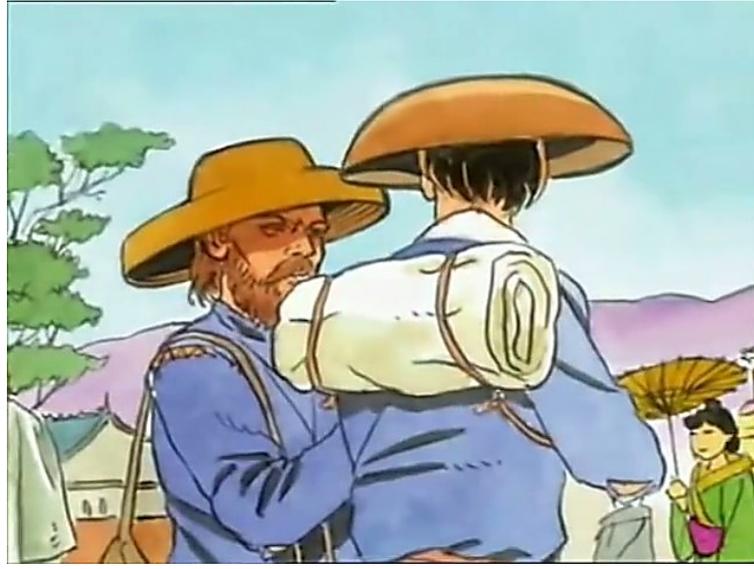


Pasé tres meses en la isla vecina de Hirado, desde agosto hasta octubre de 1550. Y aquí confirmé una comunidad de cien nuevos cristianos.

La etapa sucesiva fue la isla de Honshu, la más grande de Japón y sede de las instituciones centrales, donde pasé casi un año, de noviembre de 1550 a septiembre de 1551. Quería llegar al corazón del país. Fui a Yamaguchi, donde prediqué durante un mes y fui recibido por el daimyo Yoshitaka, aunque con pocos resultados. A mediados de diciembre, me dirigí a la capital, Miyako o Meaco (la actual Kioto), con el objetivo de obtener el permiso del emperador para predicar el cristianismo en todo el país. Fue un viaje duro, en pleno invierno, por tierra y por mar, soportando el frío y la nieve.



La decepción fue grande, la ciudad estaba en ruinas y no conseguí una audiencia con el emperador o el shogun.



Así que volví a Yamaguchi y me presenté ante el daimyo Yoshitaka, a quien entregué regalos traídos de la India. Nos permitió predicar el cristianismo y dio permiso a sus súbditos para convertirse. Tras cinco meses de intensa predicación, conseguí convertir a mil personas, que formaron una ferviente comunidad. Una nave portuguesa que en ese período había llegado a Yamaguchi nos trajo noticias de la India y en noviembre de 1551 nos embarcamos para volver a la India.



Cuarto viaje: China (1552)



En el camino nos detuvimos unos días en la pequeña isla china de Sanción.

Llegado a Malaca, me esperaban numerosas cartas, entre ellas la de Ignacio en la que me informaba de mi nombramiento como Provincial de la Compañía de Jesús en Oriente.

En febrero de 1552 llegué a Goa, donde me recibieron con gran alegría, ya que me daban por muerto o desaparecido en Japón.

La idea de predicar en China me rondaba por la cabeza desde que llegué a Goa... Esperaba ir a China para prestar un gran servicio a nuestro Dios. Decidí organizar un viaje a ese gran Imperio.



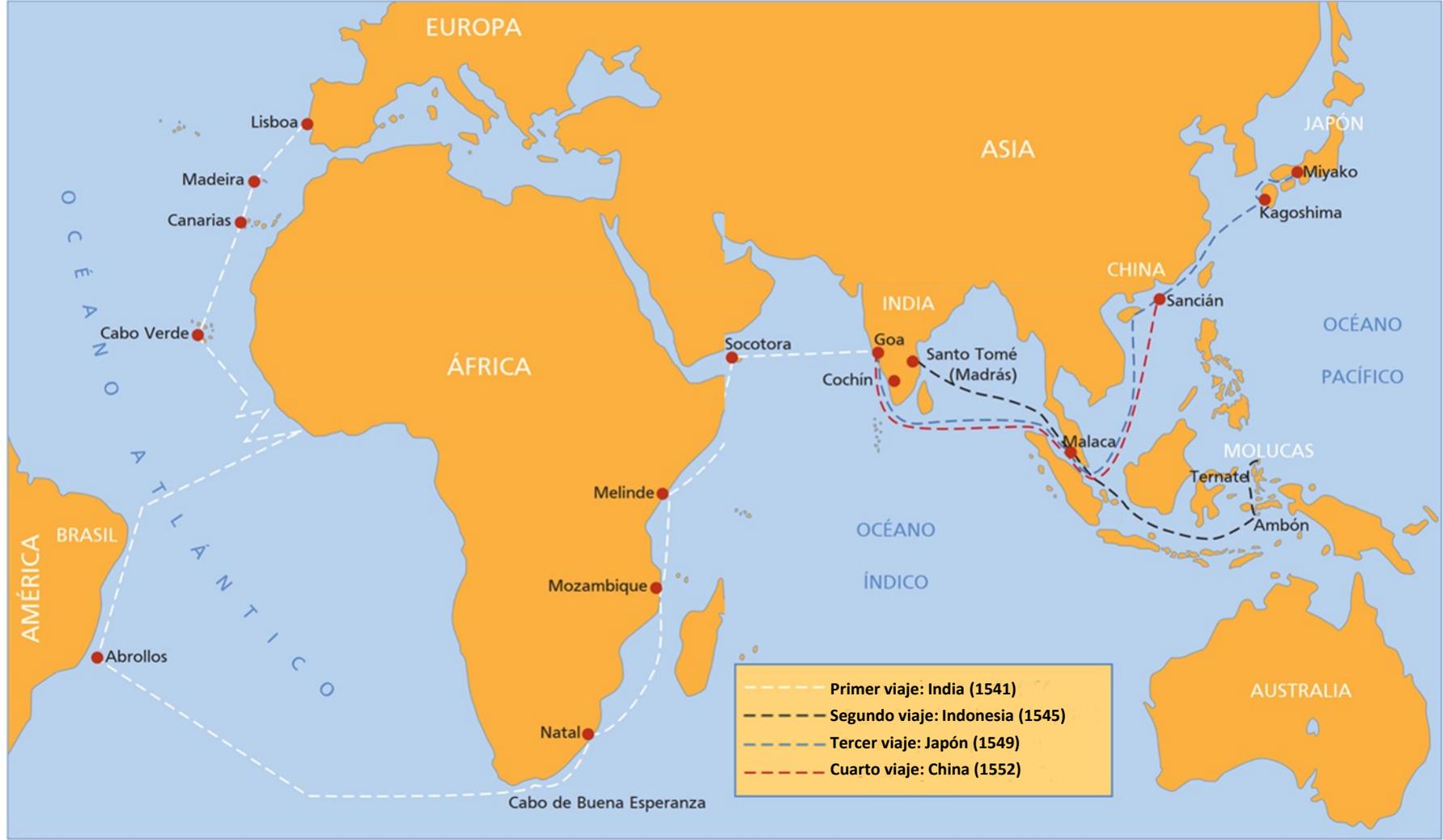


Francisco Javier murió en una humilde cabaña en la playa de Sanción, con la única compañía de su fiel amigo chino Antonio. Era el amanecer del 3 de diciembre de 1552. Tenía 46 años.

Salimos de Malaca el 17 de julio, y desde el puerto de Singapur viajamos tranquilamente hasta Sanción, donde llegamos en septiembre. Pero me quedé en la isla durante tres meses, sin poder abandonarla. Los comerciantes chinos se negaron a aceptarme a bordo, ya que estaba prohibida la entrada de extranjeros en China.

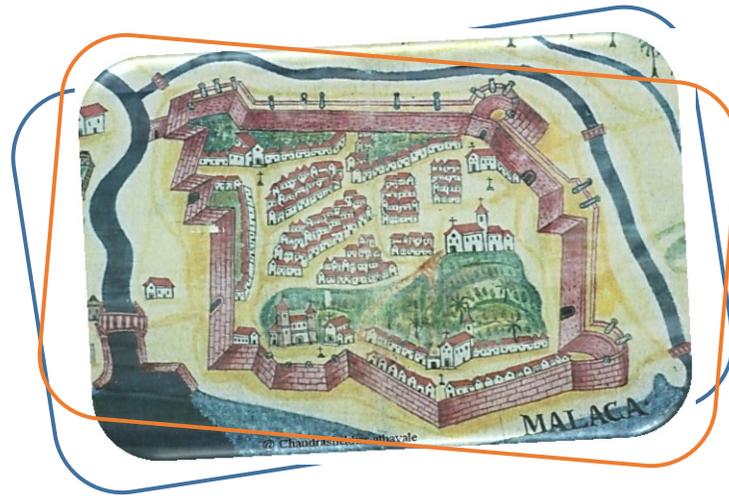
Sin embargo, mientras esperaba para zarpar, contraí una grave pulmonía que me causó altas fiebres y gran debilidad.

El 21 de noviembre de 1552 me desmayé mientras celebraba la misa. La fiebre subía y me provocaba náuseas y gran angustia. A veces perdía el conocimiento y otras deliraba.





Al día siguiente de su muerte fue enterrado en la isla de Sanción.



Dos meses después fue trasladado a la India y al desenterrarlo encontraron su cuerpo íntacto. El cuerpo llegó a Malaca el 22 de marzo de 1553. Después de estar expuesto durante unos días, fue enterrado de nuevo en la iglesia de Santa María del Monte, de la Compañía de Jesús.



En junio de 1553, Ignacio escribió a Francisco pidiéndole que volviera a Europa, pero hasta 1554 no llegó la noticia de su muerte. Desde Goa reclamaron con insistencia el cuerpo, y en diciembre de 1553 el féretro partió hacia la India.



Allí, miles de personas participaron en su funeral y fue enterrado. Más tarde, su cuerpo, aún incorrupto, fue trasladado a la iglesia del Bom Jesús en la misma ciudad, donde aún hoy se conserva en un magnífico mausoleo.



El impacto de la vida y la obra de Francisco Javier fue importante en la Iglesia y la sociedad de su tiempo. Mientras aún vivía, sus cartas se difundieron por toda Europa, leídas por papas y reyes, distribuidas en colegios y universidades por los jesuitas, o utilizadas en los sermones de cualquier iglesia.

Su fama de santidad se extendió por todo Oriente desde su muerte. Fue beatificado en 1619. El 12 de marzo de 1622 el Papa Gregorio XV lo proclamó santo junto con otros tres españoles, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús y San Isidro Labrador, y un italiano San Felipe Neri. Eran los santos de la Reforma Católica.

A partir del siglo XVI, la Iglesia católica se proponía como uno de sus objetivos fundamentales la superación del alcance europeo del cristianismo y su difusión por el mundo que se iba descubriendo, por lo que impulsó la creación de misiones y el envío de misioneros a América, Asia y África.

Francisco Javier ha sido un modelo para todos ellos.

En 1748, Benedicto XIV lo declaró patrón de Oriente. En 1927, Pío XI lo proclamó patrón de todas las misiones católicas.

